

Ramón J. Sender

RÉQUIEM
POR UN
CAMPESINO
ESPAÑOL

*edición de
Borja Rodríguez Gutiérrez*

© - STOCKCERO - ©

INDICE

INTRODUCCIÓN	vii
<i>La obra de Ramón J. Sender.</i>	<i>xi</i>
<i>Acerca de Réquiem por un campesino español.</i>	<i>xiii</i>
RÉQUIEM POR UN CAMPESINO ESPAÑOL	1
APÉNDICE	
OBRAS DE RAMÓN J. SENDER.....	51
<i>Novela</i>	51
<i>Cuento y novela corta</i>	53
<i>Ensayo</i>	54
<i>Teatro</i>	55
<i>Poesía</i>	55
<i>Colecciones de artículos</i>	55
BIBLIOGRAFÍA	56

INTRODUCCIÓN

El 3 de Febrero de 1901 nació Ramón J. Sender en Chalamera, un pequeño pueblo aragonés, que tenía por entonces poco más de 400 habitantes. Su infancia y su juventud transcurren por diversos pueblos y ciudades aragonesas, salvo una breve temporada, apenas cumplidos los dieciocho años, en la que intentó, sin éxito, abrirse camino en Madrid como escritor. Esta etapa aragonesa termina en 1923, cuando se ve obligado a cumplir el servicio militar y toma parte en la Guerra de Marruecos.

Aragón es un extensa región española que se sitúa al norte, lindando con los Pirineos, las montañas que separan España de Francia. A pesar de esas montañas, la mayor parte de su terreno es llano y, en la época de la juventud de Sender, básicamente agrícola. Sin apenas industria la gente que vivía en los pueblos aragoneses sacaban su sustento de la tierra, muchas veces con la presión de pagar fuertes rentas a los grandes propietarios del terreno. Ese es el ambiente en el que Sender sitúa gran parte de sus novelas, y en el que está situado el *Réquiem por un campesino español*.

La guerra de Marruecos es una experiencia crucial para Sender. La guerra había comenzado en 1911 cuando Francia había cedido parte de la administración de Marruecos (al norte de África) al gobierno español. Desde el comienzo de su administración el gobierno español se encontró con grandes dificultades y con constantes focos de violencia. Ésta fue muy importante en el Rif, zona montañosa de Marruecos, de donde surgían la mayoría de los combatientes. En 1921, dos años antes de la llegada de Sender, se había producido el “Desastre de Annual”, que marcó para siempre el recuerdo de la guerra de Marruecos en la mayoría de los españoles. Debido a la inepta dirección del combate por parte de los generales españoles, en Annual, en la costa marroquí, fueron derrotados y muertos en su mayoría, 13000 soldados españoles a menos de 3000 combatientes rifeños. Desde entonces Marruecos fue una lenta agonía y una sangría para los soldados españoles, hasta que en 1925, gracias a la ayuda de Francia, termina la guerra con la rendición de los rebeldes rifeños.

A Sender le ocurre lo mismo que a Arturo Barea, otro escritor español, también combatiente en Marruecos y también exiliado tras la guerra civil española: la comprobación de la situación en el ejército español en tierra marroquí le inclinó cada vez más a posiciones políticas de izquierda. En aquellos años, en los que la mayor parte de los combatientes de Marruecos morían (el temor a ese reclutamiento para la guerra aparece en el *Réquiem*), las clases adineradas se libraban de acudir al combate a base de privilegios, prebendas y sobornos varios. Pero quienes tenían poca capacidad económica debían acudir. Tanto Sender como Barea volvieron de Marruecos con la idea de que esa guerra era otra explotación más por parte de los ricos hacia los pobres.

A la vuelta de Marruecos, en 1923, Sender se instala en Madrid y trabaja como periodista. Es un periodista agresivo, incisivo, que busca especialmente criticar al poder establecido. Ya en 1926 pasa por la cárcel por participar en protestas contra la dictadura del General Primo de Rivera. Siendo un periodista ya consagrado cubre un asunto especialmente tenebroso: la matanza de Casas Viejas. Casas Viejas era un pequeño pueblo de Cádiz, al sur de España, en el que un grupo de campesinos proclamaron el 11 de Enero de 1933 su independencia del estado e implantaron una comuna libertaria. Las fuerzas de orden pú-

blico entraron en el pueblo y fueron asesinados en el acto seis de los promotores de la iniciativa. Al día siguiente se hizo un registro del pueblo y doce personas más fueron sacadas de sus casa y asesinadas. El gobierno republicano, que presidía por entonces Manuel Azaña, quiso ocultar el asunto. Se procuró el silencio de todas las formas, se censuraron las noticias, y el ejército y la guardia civil acordonaron el pueblo. Pero Ramón J. Sender y otro periodista consiguieron enterarse de los hechos. Con riesgo de su vida entraron en el pueblo y denunciaron lo ocurrido. Los artículos de Sender provocaron un escándalo nacional y una crisis de gobierno. Pero desde entonces su nombre quedó marcado y más cuando publicó un libro relato de sus experiencias en Casas Viejas: *Viaje a la aldea del crimen*.

La vida de Sender y sus experiencias son la fuente de muchas de sus obras literarias de esa época. *Imán* (1930), sobre la guerra de Marruecos; *O.P. (Orden público)* (1931) que refleja su experiencia en la cárcel; *Siete Domingos Rojos* (1932) acerca de las huelgas revolucionarias en Madrid en las que él mismo participó; la mencionada *Viaje a la aldea del crimen* (1934).

En 1935, Sender gana el premio nacional de literatura con una de sus mejores novelas: *Mr Witt en el cantón*.

En 1936 Sender es, por lo tanto, ya un escritor de prestigio, un escritor consagrado con apenas 35 años. Está casado, tiene dos hijos, es célebre y ha superado los problemas económicos de sus inicios. Ha conseguido la estabilidad familiar y profesional y ante él se abre un prometedor futuro.

El 18 de julio de 1936 estalla la guerra civil española. Iba a durar tres años, de 1936 a 1939 y a romper las ilusiones, las expectativas y la vida de muchos españoles. Entre ellos la de Sender. Cuando estalla la guerra, Sender, sin dudarlo se incorpora al ejército que defiende al gobierno legal, contra las tropas golpistas al mando del General Franco, el futuro dictador que gobernaría España desde 1939 hasta 1975. Su mujer, Amparo Barayón, y sus hijos quedan en Zamora, una pequeña ciudad de Castilla, en el interior de España. Pero el nombre de Sender es conocido y muchos de los altos cargos del ejército de Franco tienen cuentas que saldar con él desde los artículos sobre Casas Viejas. Ante la imposibilidad de atraparlo, los enemigos de Sender se vengan en su

Esta alegoría esta desarrollada por el autor a través de una técnica narrativa que se basa en la reiteración de elementos significativos y en la alternancia temporal a través de la intercalación de secuencias que van del presente (mosén Millán esperando en la sacristía) al pasado (historia de Paco) y viceversa.

Las secuencias son veintiuno y se ordenan de la siguiente manera.

Presente	<i>Romance</i>	Pasado
1 - Mosén Millán espera. Inmóvil. Ojos cerrados Ruido del Potro en la calle <i>...el recuerdo de su desdicha</i> <i>Esperaba que los parientes</i> <i>acudirían...</i> <i>...nadie la había encargado</i> Amigos y enemigos Pregunta al monaguillo- Nadie en la iglesia	<i>Ahí va Paco el del molino,</i> <i>que ya ha sido sentenciado,</i> <i>y que llora por su vida</i> <i>camino del camposanto.</i>	
Recuerdo del monaguillo. Extremaunción	<i>y al llegar frente a las tapias</i> <i>el centurión echa el alto.</i>	
Pregunta al monaguillo Nadie en la iglesia Zapatero nuevo y viejo		
2 -		Bautizo
3 - <i>Veintiséis años después</i> Olor de las perdices	<i>ya los llevan, ya los llevan</i> <i>atados brazo con brazo.</i>	
Monaguillo No hay nadie		
4 -		Bautizo Presentación de la Jerónima y del médico

<p>5 - Jerónima, vieja y loca Monaguillo-No hay nadie ...cerró los ojos y esperó...</p>	<p><i>Las luces iban po'l monte y las sombras por el saso...</i></p>	
<p>6 -</p>		<p>Infancia Unión Paco-Mosén Millán (6 años) Monaguillo (7 años) Visita del Obispo Semana Santa. Muerte del anciano en las cuevas Preguntas sin respuesta Influencia del padre</p>
<p>7 - <i>Veintitrés años después..</i> Monaguillo-No hay nadie ...con la cabeza apoyada en el muro... ...con los ojos cerrados...</p>	<p><i>...Lo buscaban en los montes, pero no lo han encontrado; a su casa iban con perros pa que tomen el olfato; ya ventean, ya ventean las ropas viejas de Paco.</i></p>	
<p>8 -</p>		<p>Juventud Alejamiento de mosén Millán. Lavadero Mozos del pueblo. Ritos de ini- ciación. Rentas del duque. Padre. Preguntas a mosén Millán <i>¿Qué miseria?. Todavía hay más miseria en otras partes.</i></p>
<p>9 - Llegada de Don Valeriano ...seguía con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el muro ...seguía con los ojos cerrados... ...sin abrir los ojos... ...siguió con los ojos cerrados... Hipocresía</p>		

La estructura que hemos reflejado en el cuadro ofrece por lo tanto tres líneas narrativas: la espera de mosén Millán que se sitúa en el presente y que apenas dura una hora, el romance que durante esa espera canta el monaguillo y que sirve para anticipar al lector algunos elementos del destino de Paco y los recuerdos de mosén Millán que forman el grueso de la novela.

En las secuencias impares (las del presente) el autor acumula unas repeticiones que sirven para hacer más presente al lector algunos elementos que tienen gran fuerza dentro de la interpretación simbólica de la novela.

El primero de ellos es la pregunta de mosén Millán sobre la presencia de gentes en la iglesia y la constante respuesta del monaguillo: *No hay nadie en la iglesia*. La pregunta y la respuesta aparecen en la secuencia uno (en dos ocasiones), en la tres, en la cinco, en la siete, en la once (esta vez responde Don Gumersindo), y en la diecinueve. Mientras se oye esta serie de negativas van llegando a la Iglesia las únicas tres personas que asistirán a la misa. Los tres ricos del pueblo, los enemigos y asesinos de Paco. Pero eso significa que la iglesia sigue vacía, pues el cura ha anunciado la misa de réquiem esperando a otros, como cuenta el narrador al principio: *Esperaba que los parientes del difunto acudirían. Estaba seguro de que irían -no podían menos- tratándose de una misa de réquiem, aunque la decía sin que nadie se la hubiera encargado. También esperaba mosén Millán que fueran los amigos del difunto. Pero esto hacía dudar al cura. Casi toda la aldea había sido amiga de Paco, menos las dos familias más pudientes: don Valeriano y don Gumersindo. La tercera familia rica, la del señor Cástulo Pérez, no era ni amiga ni enemiga.* mosén Millán no se había atrevido, desde la muerte de Paco, a dirigirse a la familia a pesar de saber el lamentable estado de la familia de Paco (secuencia diecinueve). Prueba de ello es la presencia del reloj y del pañuelo de Paco, que había recogido del cadáver, en su sacristía. La llegada de los parientes y los amigos de Paco a la misa, la asistencia a un funeral oficiado por mosén Millán (pues cuando murió Paco no hubo ningún funeral, ni mosén Millán se atrevió a hacerlo) representa para el cura la redención del pecado cometido, el perdón de aquellos a quienes ha ofendido. Pero esa redención no llega porque el pueblo se ha apartado del cura. Lo certifica el narrador en la última secuencia,

RÉQUIEM POR UN CAMPESINO ESPAÑOL

El cura esperaba sentado en un sillón con la cabeza inclinada sobre la casulla¹ de los oficios de réquiem. La sacristía olía a incienso. En un rincón había un fajo de ramitas de olivo de las que habían sobrado el Domingo de Ramos. Las hojas estaban muy secas, y parecían de metal. Al pasar cerca, mosén² Millán evitaba rozarlas porque se desprendían y caían al suelo.

Iba y venía el monaguillo con su roquete³ blanco. La sacristía tenía dos ventanas que daban al pequeño huerto de la abadía. Llegaban del otro lado de los cristales rumores humildes.

Alguien barría furiosamente, y se oía la escoba seca contra las piedras, y una voz que llamaba:

—María... Marieta...

Cerca de la ventana entreabierta un saltamontes atrapado entre las ramitas de un arbusto trataba de escapar, y se agitaba desesperadamente. Más lejos, hacia la plaza, relinchaba un potro. “Ése debe ser

1 *Casulla*: Vestidura sagrada que se pone el sacerdote sobre las demás que sirven para celebrar la misa.

2 *Mosén*: Tratamiento que se daba a los sacerdotes en Aragón y Cataluña. Equivale a «padre».

3 *Roquete*: Vestidura de lienzo fino, que cae desde el hombro hasta la cintura, usada para la celebración de la misa.

—pensó mosén Millán— el potro de Paco el del Molino, que anda, como siempre, suelto por el pueblo”. El cura seguía pensando que aquel potro, por las calles, era una alusión constante a Paco y al recuerdo de su desdicha.

Con los codos en los brazos del sillón y las manos cruzadas sobre la casulla negra bordada de oro, seguía rezando. Cincuenta y un años repitiendo aquellas oraciones habían creado un automatismo que le permitía poner el pensamiento en otra parte sin dejar de rezar. Y su imaginación vagaba por el pueblo. Esperaba que los parientes del difunto acudirían. Estaba seguro de que irían —no podían menos— tratándose de una misa de réquiem, aunque la decía sin que nadie se la hubiera encargado. También esperaba mosén Millán que fueran los amigos del difunto. Pero esto hacía dudar al cura. Casi toda la aldea había sido amiga de Paco, menos las dos familias más pudientes: don Valeriano y don Gumersindo. La tercera familia rica, la del señor Cástulo Pérez, no era ni amiga ni enemiga.

El monaguillo entraba, tomaba una campana que había en un rincón y, sujetando el badajo para que no sonara, iba a salir cuando mosén Millán le preguntó:

—¿Han venido los parientes?

—¿Qué parientes? —preguntó a su vez el monaguillo.

—No seas bobo. ¿No te acuerdas de Paco el del Molino?

—Ah, sí, señor. Pero no se ve a nadie en la iglesia, todavía.

El chico salió otra vez al presbiterio pensando en Paco el del Molino. ¿No había de recordarlo? Lo vio morir, y después de su muerte la gente sacó un romance. El monaguillo sabía algunos trozos:

Ahí va Paco el del Molino,
que ya ha sido sentenciado,
y que llora por su vida
camino del camposanto.

Eso de llorar no era verdad, porque el monaguillo vio a Paco, y no lloraba. “Lo vi, se decía, con los otros desde el coche del señor Cástulo, y yo llevaba la bolsa con la extremaunción para que mosén Millán les pusiera a los muertos el santolio⁴ en el pie”. El monaguillo iba y venía con el romance de Paco en los dientes. Sin darse cuenta acomodaba sus pasos al compás de la canción:

⁴ *Santolio*: Santo óleo. Aceite sacramentado usado para las ceremonias religiosas. Lo mismo que «extremaunción».

... y al llegar frente a las tapias
el centurión echa el alto.

Eso del centurión le parecía al monaguillo más bien cosa de Semana Santa y de los pasos de la oración del huerto. Por las ventanas de la sacristía llegaba ahora un olor de hierbas quemadas, y mosén Millán, sin dejar de rezar, sentía en ese olor las añoranzas de su propia juventud. Era viejo, y estaba llegando —se decía— a esa edad en que la sal ha perdido su sabor, como dice la Biblia. Rezaba entre dientes con la cabeza apoyada en aquel lugar del muro donde a través del tiempo se había formado una mancha oscura.

Entraba y salía el monaguillo con la pértiga de encender los cirios, las vinajeras⁵ y el misal.

—¿Hay gente en la iglesia? —preguntaba otra vez el cura.

—No, señor.

Mosén Millán se decía: es pronto. Además, los campesinos no han acabado las faenas de la trilla. Pero la familia del difunto no podía faltar. Seguían sonando las campanas que en los funerales eran lentas, espaciadas y graves. mosén Millán alargaba las piernas. Las puntas de sus zapatos asomaban debajo del alba⁶ y encima de la estera⁷ de esparto. El alba estaba deshilándose por el remate. Los zapatos tenían el cuero rajado por el lugar donde se doblaban al andar, y el cura pensó: tendré que enviarlos a componer. El zapatero era nuevo en la aldea. El anterior no iba a misa, pero trabajaba para el cura con el mayor esmero, y le cobraba menos. Aquel zapatero y Paco el del Molino habían sido muy amigos.

Recordaba mosén Millán el día que bautizó a Paco en aquella misma iglesia. La mañana del bautizo se presentó fría y dorada, una de esas mañanitas en que la grava del río que habían puesto en la plaza durante el Corpus, crujía de frío bajo los pies. Iba el niño en brazos de la madrina, envuelto en ricas mantillas, y cubierto por un manto de raso blanco, bordado en sedas blancas, también. Los lujos de los campesinos son para los actos sacramentales. Cuando el bautizo entraba en la iglesia, las campanitas menores tocaban alegremente. Se podía saber si el que iban a bautizar era niño o niña. Si era niño, las campanas —una en un tono más alto que la otra— decían: *no és nena, que és nen; no és nena, que és nen*. Si era niña cambiaban un poco, y decían: *no és nen, que*

5 *Vinajeras*: Jarros pequeños con que se sirven en la misa el vino y el agua.

6 *Alba*: Vestidura del sacerdote, usada para la celebración de la misa.

7 *Estera*: Alfombra.

és nena; no és nen, que és nena. La aldea estaba cerca de la raya de Lérída⁸, y los campesinos usaban a veces palabras catalanas.

Al llegar el bautizo se oyó en la plaza vocerío de niños, como siempre. El padrino llevaba una bolsa de papel de la que sacaba puñados de peladillas⁹ y caramelos. Sabía que, de no hacerlo, los chicos recibirían al bautizo gritando a coro frases desairadas para el recién nacido, aludiendo a sus pañales y a si estaban secos o mojados.

Se oían rebotar las peladillas contra las puertas y las ventanas y a veces contra las cabezas de los mismos chicos, quienes no perdían el tiempo en lamentaciones. En la torre las campanitas menores seguían tocando: *no és nena, que és nen*, y los campesinos entraban en la iglesia, donde esperaba mosén Millán ya revestido.

Recordaba el cura aquel acto entre centenares de otros porque había sido el bautizo de Paco el del Molino. Había varias personas enlutadas y graves. Las mujeres con mantilla o mantón negro. Los hombres con camisa almidonada. En la capilla bautismal la pila sugería misterios antiguos.

Mosén Millán había sido invitado a comer con la familia. No hubo grandes extremos porque las fiestas del invierno solían ser menos algareras¹⁰ que las del verano. Recordaba mosén Millán que sobre una mesa había un paquete de velas rizadas y adornadas, y que en un extremo de la habitación estaba la cuna del niño. A su lado, la madre, de breve cabeza y pecho opulento, con esa serenidad majestuosa de las recién paridas. El padre atendía a los amigos. Uno de ellos se acercaba a la cuna, y preguntaba:

—¿Es tu hijo?

—Hombre, no lo sé —dijo el padre acusando con una tranquila sorna lo obvio de la pregunta—. Al menos, de mi mujer sí que lo es.

Luego soltó la carcajada. mosén Millán, que estaba leyendo su grimorio¹¹, alzó la cabeza:

—Vamos, no seas bruto. ¿Qué sacas con esas bromas?

Las mujeres reían también, especialmente la Jerónima —partera y saludadora¹²—, que en aquel momento llevaba a la madre un caldo de gallina y un vaso de vino moscatel. Después descubría al niño, y se ponía a cambiar el vendaje del ombligueto.

8 *Raya de Lérída*: Frontera con la provincia de Lérída, en Cataluña.

9 *Peladilla*: Almendra recubierta de azúcar.

10 *Algareras*: Ruidosas.

11 *Grimorio*: Libro de fórmulas mágicas usado por los antiguos hechiceros. Sender lo utiliza en sentido irónico.

12 *Saludadora*: Persona que aseguraba curar las enfermedades con dichos, hechizos y fórmulas misteriosas.

—Vaya, zagal¹³. Seguro que no te echarán del baile —decía aludiendo al volumen de sus atributos masculinos.

La madrina repetía que durante el bautismo el niño había sacado la lengua para recoger la sal, y de eso deducía que tendría gracia y atractivo con las mujeres. El padre del niño iba y venía, y se detenía a veces para mirar al recién nacido: “¡Qué cosa es la vida! Hasta que nació ese crío, yo era sólo el hijo de mi padre. Ahora soy, además, el padre de mi hijo”.

—El mundo es redondo, y rueda —dijo en voz alta.

Estaba seguro mosén Millán de que servirían en la comida perdiz en adobo. En aquella casa solían tenerla. Cuando sintió su olor en el aire, se levantó, se acercó a la cuna, y sacó de su breviario un pequeñísimo escapulario que dejó debajo de la almohada del niño. Miraba el cura al niño sin dejar de rezar: *ad perpetuam rei memoriam*... El niño parecía darse cuenta de que era el centro de aquella celebración, y sonreía dormido. mosén Millán se apartaba pensando: “¿De qué puede sonreír?”. Lo dijo en voz alta, y la Jerónima comentó:

—Es que sueña. Sueña con ríos de lechecita caliente.

El diminutivo de leche resultaba un poco extraño, pero todo lo que decía la Jerónima era siempre así. Cuando llegaron los que faltaban, comenzó la comida. Una de las cabeceras la ocupó el feliz padre. La abuela dijo al indicar al cura el lado contrario:

—Aquí el otro padre, mosén Millán.

El cura dio la razón a la abuela: el chico había nacido dos veces, una al mundo y otra a la iglesia. De este segundo nacimiento el padre era el cura párroco. mosén Millán se servía poco, reservándose para las perdices.

Veintiséis años después se acordaba de aquellas perdices, y en ayunas, antes de la misa, percibía los olores de ajo, vinagrillo y aceite de oliva. Revestido y oyendo las campanas, dejaba que por un momento el recuerdo se extinguiera. Miraba al monaguillo. Éste no sabía todo el romance de Paco, y se quedaba en la puerta con un dedo doblado entre los dientes tratando de recordar:

... ya los llevan, ya los llevan
atados brazo con brazo.

13 Zagal: Chiquillo, muchacho.

El monaguillo tenía presente la escena, que fue sangrienta y llena de estampidos.

Volvía a recordar el cura la fiesta del bautizo mientras el monaguillo por decir algo repetía:

—No sé qué pasa que hoy no viene nadie a la iglesia, mosén Millán.

El sacerdote había puesto la crisma en la nuca de Paco, en su tierna nuca que formaba dos arruguitas contra la espalda. “Ahora –pensaba– está ya aquella nuca bajo la tierra, polvo en el polvo”. Todos habían mirado al niño aquella mañana, sobre todo el padre, felices, pero con cierta turbiedad en la expresión. Nada más misterioso que un recién nacido.

Mosén Millán recordaba que aquella familia no había sido nunca muy devota, pero cumplía con la parroquia y conservaba la costumbre de hacer a la iglesia dos regalos cada año, uno de lana y otro de trigo, en agosto. “Lo hacían más por tradición que por devoción –pensaba mosén Millán–, pero lo hacían”.

En cuanto a la Jerónima, ella sabía que el cura no la veía con buenos ojos. A veces la Jerónima, con su oficio y sus habladurías –o dijendas, como ella decía– agitaba un poco las aguas mansas de la aldea. Solía rezar la Jerónima extrañas oraciones para ahuyentar el pedrisco y evitar las inundaciones, y en aquella que terminaba diciendo: Santo Justo, Santo Fuerte, Santo Inmortal – líbranos, Señor, de todo mal, añadía una frase latina que sonaba como una obscenidad, y cuyo verdadero sentido no pudo nunca descifrar el cura. Ella lo hacía inocentemente, y cuando el cura le preguntaba de dónde había sacado aquel latinajo, decía que lo había heredado de su abuela.

Estaba seguro mosén Millán de que si iba a la cuna del niño, y levantaba la almohada, encontraría algún amuleto. Solía la Jerónima poner cuando se trataba de niños una tijerita abierta en cruz para protegerlos de herida de hierro –de saña de hierro, decía ella– y si se trataba de niñas, una rosa que ella misma había desecado a la luz de la luna para darles hermosura y evitarles las menstruaciones difíciles.

Hubo un incidente que produjo cierta alegría secreta a mosén Millán. El médico de la aldea, un hombre joven, llegó, dio los buenos días, se quitó las gafas para limpiarlas –se le habían empañado al